



“Carta a un amigo”*

Diana Carolina Quintero Bogotá**

Para citar este artículo: Quintero, D. C. (2015). Carta a un amigo, 14(1), 125-132.

En Silvania no hay camino que no salga a algún lugar.
Frase popular del municipio de Silvania, Cundinamarca.

Querido amigo mío:

¿Cómo has estado?, ¿qué aventuras has emprendido? y ¿qué sonrisas te ha dado la vida? Dime, ¿hace cuánto no hemos hablado? Ha pasado tanto tiempo sin que cambiemos palabras, que he de confesar que me emociona poder escribirte. Te propongo un trato cargado de locura: que nos pongamos al día en lo que nos ha sucedido, por eso te hago este ofrecimiento, y es que te cambio un fragmento de mi vida por uno tuyo, te doy un relato con la esperanza de poder leerte..., te quiero regalar un retrato de una parte de mi vida y de mi hacer.

Porque recuerdas, amigo mío, que hace veinte meses asumí el reto de ser ludotecaria en zona rural de un municipio lejos de mi natal Bogotá, lo que me llevó a dejar mi vida atrás y comenzar a hacer otra en un lugar desconocido.

Me tomaré la licencia de tratar de dibujarte en palabras lo que hago en un día, y quizás mezclar en mi relato hilos de las memorias de las cosas bellísimas que he visto y de los escenarios y personajes que me han formado y reconstruido en alguien distinto al que tú conociste una vez.

Al salir de casa levanto la mirada a las montañas que abrazan a Silvania y brevemente juego a la vidente tratando de predecir el clima que en los lugares de atención nos esperan, pues la inquietud de lo que nos encontraremos despierta el viajero en mí, así como la eterna esperanza de que durante el día vislumbre el sol, o por lo menos escape de las lloviznas y la niebla. Mientras más me acerco a la ludoteca, lo primero que me saluda, al igual que todos los días son los tres carros estacionados en un orden que ya se ha naturalizado para todos nosotros, y como los nómadas comenzamos la danza matutina que con los días ha ganado sincronización, y empezamos a cargar elemento tras elemento en el auto que se nos ha asignado.

* Texto resultado del informe de atención a familias en esquema tres, Ludoteca NAVES itinerantes del municipio de Silvania, Cundinamarca. Convenio 3327.

** Estudiante de la Maestría en Comunicación-Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Licenciada en Pedagogía Infantil de UDFJC. Actualmente maestra de primera infancia en comunidad rural de la ciudad de Bogotá. Correo electrónico: dhyanna_carollina@hotmail.com



Como si se tratase de una mudanza, trasladamos colchonetas, garrafones de agua, elementos de aseo, sillas, telas, libros, juguetes, refrigerios, titiriteros, pinturas, colores, pelotas y todo lo que sea necesario para poder llevar a cabo nuestras propuestas pedagógicas para las comunidades con las que trabajamos, y con la experticia del jugador de Tetris, el conductor se las arregla para acomodarlo todo, no solo lo mío sino además el material lúdico (igual o impar) de la otra unidad de atención con la que viajo cada día.

Una vez todo ha sido guardado y acomodado, como si estuviésemos en puerto, nos despedimos los unos de los otros, nos deseamos buen día y buen viaje, y subimos al auto listos para iniciar el traslado. Ahí es donde comienza nuestra aventura, pues todos los días en los que realizo atención pedagógica sin importar a cuál grupo (de los que te hablare más adelante), al subir al auto cogemos carretera por la doble calzada de la vía Panamericana. Hay días en que no son más de quince minutos en la pavimentada, así como otros en los que duramos cuarenta o cuarenta y cinco minutos viajando por ella. Y después, sin importar el destino del día tomamos una vía destapada, la trocha que en su inclemencia y encanto rústico nos anuncia con bombos y platillos que nos acercamos a la vereda, o por lo menos que hemos entrado en la zona veredal del municipio.

Ahora, amigo mío, podría hablarte de los maravillosos paisajes; de cómo el sol pinta de naranjas y púrpuras el horizonte que se perfila por la Panamericana, o cómo en la vía veredal pasamos por abismos, ríos y quebradas; cómo se ven los árboles florecidos de rosado cuando la estación otoñal interna llega al mismo tipo de árboles; de la frágil hermosura de la flor colorida que se da en medio de la maleza; de las curvas y las inclinaciones del terreno; de cómo las lajas de las montañas contrastan con el cielo azul nomeolvides de los días de verano; o cómo la niebla desdibuja los contornos y pinta escenas de mitos y leyendas. Yo podría, amigo mío, hacer odas sobre el paisaje que veo cada día al viajar, y aun así mis palabras serían cortas para entregarte un mínimo de la gracia de este paisaje, así que me conformaré con dos acciones fáciles: te dejo las fotografías con las que he salpicado esta carta y una invitación a que un día vengas conmigo.



Tengo la dicha y la fortuna, como dice la canción, de visitar una amplia variedad de sitios en Silvania, pero mis puntos de atención son cuatro pintorescos y encantadores lugares; Subia Las Delicias, Subia Pedregal, Subia Norte y Monterrico. Y que no te engañen los nombres, las Subias no poseen cercanía inherente a ellas sino que “Subia” casi se convierte en un prefijo para nominar una multitud de espacios.

Luego de pasar un buen tiempo en el carro viajando, llegamos al punto de atención; los míos son tan distintos entre sí como diverso el terreno. Por no aburrirte con mi palabra, te daré un breve calificativo por cada uno de ellos, como para dejarte un suave fantasma del lugar en la mente. Así: Subia Las Delicias queda en un camino inclinado hacia abajo, a donde se llega por una trocha angosta que a ambos lados está poblada de casas con su terreno adjunto de cultivo, los cuales no son muy grandes. Allí la ludoteca se desarrolla en el patio frontal de una casa deshabitada ubicada entre un cultivo de tomate y una quebrada que desciende del acueducto, el cual es el nacimiento de varias fuentes hídricas que parten de esta zona.

Por otro lado, para llegar a Subia Pedregal hay que tomar un camino que asciende hacia la montaña y las lajas, donde el paisaje está lleno de piedras enormes, algunas del tamaño de caballos y otras de un auto, y en donde es sencillo ver a cada lado del camino grandes terrenos dedicados a la ganadería (caballos, vacas y cebúes; y sí, sé que este último es un tipo de vaca, pero cuando tienes que pasar por donde está pastando, la imaginación y un temor muy real lo ponen en una categoría totalmente distinta), o a los cultivos de plantas robustas, como el aguacate y la feijoa. La ludoteca es en la escuela, en un saloncito adjunto que la comunidad ha denominado el “salón de la ludoteca”, el cual queda en un punto intermedio entre la cima y la falda de la montaña.

Para ir a Subia Norte hay que tomar un camino real que bordea el pie de la montaña, que se enmarca entre arbustos florales y grandes haciendas, entre lagos y cultivos de enredaderas, como la calabaza y la granadilla. Aquí el sitio donde se realiza la ludoteca es una cancha de tejo ubicada en diagonal a la escuela de la vereda y justo en frente del camino real que asciende hacia la montaña y que la atraviesa en la cima, única vía de acceso a las casas de los participantes.

Finalmente, está Monterrico..., amigo mío. ¿Cómo te describo Monterrico?



Para llegar hay que tomar una trocha y luego una carretera pavimentada que te lleva con el escapulario en la mano y la oración en la boca, pues en algunas curvas es absolutamente imposible ver si algo viene en el sentido opuesto, por lo que el recorrido exige que en algunos tramos el conductor pite de forma constante a modo de advertencia de que estamos en la carretera. Luego vuelves y tomas la trocha, pasas por parajes hermosos que tienen una esencia de indómito y asciendes la montaña hasta llegar a la zona del páramo. Y allí, en un sitio de fantasía, la ludoteca se realiza en terrenos de la escuela que han sido cedidos para construir el salón comunal.

Sin embargo, sin importar el sitio (y lo digo entre dientes y con los ojos fuertemente cerrados), realizamos las mismas acciones previas a iniciar la atención de la población. Una vez que llegamos al punto de encuentro, comenzamos la mudanza nuevamente, bajando todo aquello que hayamos cargado en el auto. Luego, armadas con escoba en mano, comenzamos la adecuación del espacio: barremos, trapeamos, movemos cosas y disponemos los escenarios de juego, colgamos la señalización, desdoblamos nuestros archivos y ponemos en las paredes los murales artísticos que hemos construido con cada grupo. Ubicamos colchonetas y zona de sueño, armamos la mesa del refrigerio y la zona del lavado de manos, colocamos señales de evacuación y puntos de encuentro, instalamos el botiquín y establecemos la zona de lactancia materna.

Y así, como el anfitrión de una fiesta, me hago en la puerta con la expectativa alta y la emoción de quien espera a alguien importante, y fijo la mirada por donde sé que llegan mis participantes. Uso el posesivo, *mí* y *mío*, porque el tiempo y la labor me ha hecho crear lazos de afecto importantes que ubican a cada familia en un lugar especial de mi red emocional, y lo uso no porque me pertenezcan, sino por la relevancia que para mí tienen.

Gota a gota, veo llegar a las familias, en su mayoría vienen caminando, algunas llegan en las busetas de los estudiantes, otras, en destartalados camperos de alquiler, hay quienes llegan en moto e inclusive las que traen el caballo; a veces llegan en el carro de la leche y del gas, y otras familias piden el aventón en los camiones de carga o del vecino que tiene carro. Las veo llegar con las botas pantaneras, chaquetas, gorros y bufandas, con sus niños y niñas en brazos, sobre los hombros o en la espalda, tomadas de la mano de ellos o empujando cochecitos heredados en las familias.



Cuando son poco más de las nueve de la mañana, comenzamos con el encuentro, saludamos, contamos el objetivo y comenzamos a jugar. No te voy adormecer con los detalles de mis planeaciones, ni siquiera te voy a contar de nuestro proyecto pedagógico, porque tú y yo sabemos, amigo mío, que, al ser ambas cosas parte del corazón de la interacción formativa, el tiempo y este escaso papel que tengo para hablarte se nos iría en la pasión que ambos compartimos por el espacio de encontrarse con sujetos y construir entre todos un escenario donde nos re-construyamos en la experiencia por el objetivo de contribuir al desarrollo de los niños y niñas.

Y ya que de ello no voy a hablar, te digo a zancadas que luego de la maravillosa experiencia de jugar con otros y disfrutar del encuentro tanto como los niños y niñas, nos despedimos, y con una sonrisa nostálgica en el rostro parada en la puerta nuevo la mano diciendo adiós a los participantes que ya se van a sus hogares y que no veré hasta en una semana; y me quedo ahí, agitando la mano, porque sé que siempre hay un niño, niña o adulto que hasta el último giro del camino girará la cabeza y me dirá adiós con la mano.

Cuando se han marchado, volvemos a ubicar todo en sus cajas, bolsas, tulas y carpetas, organizamos nuestro trasteo y lo dejamos cerca a la puerta; en algunos sitios lo ponemos al hombro y nos marchamos donde un vecino que nos hará el favor de guardar nuestros implementos y darnos posada para nuestra hora del almuerzo. Así, sacamos nuestra lonchera (porque, amigo, y te lo cuento con una sonrisa divertida en la cara, aquella lonchera que para mí era un símbolo de cuando iba a la escuela y que creí largamente despedida ha reaparecido nuevamente en mi vida) y consumimos el almuerzo empacado ese día, casi siempre sentadas en el piso sobre colchonetas o, con timidez, en el sofá de alguna casa, mientras repasamos la planeación que ya hemos construido para los encuentros en el hogar y las modificaciones que haremos dependiendo con quién vayamos a vernos en la tarde.

Quizás no te lo he contado, no puedo recordarlo, pero ¿sabías que voy al hogar de los niños y niñas a jugar con ellos y sus familias? Te puedo resumir esa experiencia en una palabra; memorable.



Cada vez que una familia te espera, que te reciben con una sonrisa, que un niño o niña está en el broche del camino de su casa esperándote; te hincha el corazón de un sentimiento imprecisable, pues te sientes tan valiosa y tan bendecida, y hay euforia por haber llegado, y hay una ternura por volver a jugar con ellos, y te llena un sentido del deber y una satisfacción del hacer, que es imposible cruzar el umbral de una casa sin una sonrisa.

Hay familias, amigo mío, que hacen del encuentro en el hogar una fiesta. Dada la gran distancia entre casas, y aún más a los caseríos —ni qué decir al pueblo—, no muchos los van a visitar a sus casas, y que nosotros lleguemos incluso hasta la casa más escondida, que no posee ni siquiera camino de entrada, nos da un reconocimiento y una validez en la acción impresionantes. La familia espera con expectativa nuestro arribo, y desde su cosmovisión celebran nuestra llegada como si de un familiar o personaje importante se tratase, por lo que no es raro que se nos espere con algo de comer o beber, e inclusive más de una familia ha dicho en voz del padre: “Hoy matamos una gallina porque vinieron las profes.”

Hay casas en lugares en los que —yo he dicho con humor— ni siquiera la Llorona o la Patasola van porque son muy lejanos, como el hermoso Alto de las Rosas, donde al estar de pie en medio de un camino rodeado a lado y lado de monte, lo único que se ve en el horizonte son pueblos a lo lejos, y desde donde se vislumbran Silvania y Fusagasugá, por un lado, Guayuribe y Granada por el otro.

En fin, luego de los encuentros en el hogar volvemos a tomar camino hacia Silvania. Regresamos en un estado soñoliento, cabeceamos o dormimos en el auto; o en un estado de relajamiento por saber la misión cumplida, entonces nos inclinamos contra los cristales de la ventana y somos indiferentes al paisaje que atravesamos nuevamente.

Te puedo decir, amigo mío, que al mirar atrás, cuando me paro en esta orilla de mi vida, puedo decir que con las familias he logrado tantas cosas que me llenan de satisfacción y de orgullo por mi quehacer. Saber que los adultos cuidadores hacen algo tan sencillo como hablar de “niños y niñas”, porque hemos afectado su representación de la equidad en la participación de sus hijos e hijas; saber que hemos generado procesos de empoderamiento en el ser garantes de derechos, porque, por ejemplo, para una abuela de la parte alta de Pedregal la vacunación de su nieto ahora posee un sentido, ya que la comprende como una forma de expresión del afecto.



Poder invitar a las familias a días de celebración, como el día del niño, el día de la familia, o los días de rendiciones de cuenta, y ver a padres asistiendo a ellos, hombres que separan un día de labor por compartir un espacio de juego con sus esposas e hijos o hijas; constatar que hemos puesto la mano en la transformación de una concepción de la masculinidad, pero aún más en el papel afectivo del padre sin dejar lado ni demeritar el rol de proveedor.

Yo podría extenderme por hojas, contándote cómo han avanzado las familias, las comunidades y los niños y niñas; te puedo hablar de cómo el contacto con elementos culturales a los que tradicionalmente estas poblaciones no tienen acceso (cine, literatura, teatro, entre otros) han abierto procesos de producción de relatos en niños y niñas, y cómo pasan de formas introvertidas a maneras socialmente extrovertidas en la interacción con otros; cómo nuestra presencia ha comenzado a generar cambios en la concepción de la relación con el cuerpo en la expresión de afecto, cómo hemos retomado el arrullo tradicional para establecer puentes de comunicación asertiva en la consolidación del lazo de apego madre-hijo.

Sin embargo, es momento de que comience a cerrar esta carta. Espero haber logrado dibujarte un paisaje de mi labor. Te puedo decir que me llevo al hombro, en los pasos andados, unos saberes importantes; como te dije ya, no soy la misma que hace más de un año hizo sus maletas y se vino a un municipio que desconocía a hacer una labor de la que no tenía experiencia.

He aprendido a ponerme unas gafas particulares para leer la realidad que me rodea, para generar un hábito de pensar la trascendencia de las acciones tomadas, para poder flexibilizar mi hacer en torno a la cotidianidad de las comunidades y familias, y he aprendido a jugar. A disfrutar el juego, a vivir la experiencia del arte como una parte necesaria e inherente en la construcción de la subjetividad. He aprendido a mirar cómo la actitud y el accionar se encadenan en los escenarios sociales donde me encuentro, y he tomado en el corazón la validez de que un buen hacer profesional genera empoderamiento del papel social que como actor formador, como actor educador, se tiene.

Al fin y al cabo, el camino me ha brindado la posibilidad de pensar en la construcción de saber desde el hacer comunitario, al ponerme en la relación horizontal de formación. La locura que emprendí al aceptar ser ludotecaria me ha llevado a vivir la premisa de la pedagogía de que nadie tiene el saber, sino que el conocimiento se construye en la relación con otros, y he tenido el goce de que en este momento de mi vida esas relaciones están marcadas por el juego.

Hay tanto más que decir, tanto más que contar, y yo quisiera, mi amigo, poder poner en palabras tantos sentimientos y emociones que he vivido en veinte meses, pero se me acaba el tiempo y creo que no hago justicia a mi memoria y mucho menos a la realidad.

Así que no me queda más que despedirme, y esperar con ansias tener pronto noticias tuyas, y poder leer qué ha sido de ti, amigo mío.

Con cariño,

Tu amiga.

